

LECCIONES DEL DOS DE MAYO

Juan Ignacio CUARTERO NÚÑEZ
General de división de Intendencia
de la Armada (R)



ODOS los españoles conocen bien a través de la historia, la literatura, la poesía y el arte lo que en aquel día de 1808 realizó el pueblo de Madrid; su magnífica explosión, que llevó a toda la nación al calor de la lucha por la Independencia. En estos momentos de crisis mundial de valores vale la pena analizar el alcance de aquella llamarada que pudo reunir integrantes muy dispares, sin que en el momento de la explosión se produjeran pérdidas ni fricciones que limitaran su proyección y alcance en todas las direcciones del suelo patrio.

Hoy en día no cabe duda que el núcleo de las Fuerzas Armadas es el pueblo mismo, porque de él se nutre y recibe su aliento, pero en los ejércitos europeos del siglo XVIII y en la España de aquella época esta idea estaba muy lejos de sentirse. Uno de los méritos que los tratadistas militares y políticos atribuyen a la Revolución Francesa fue haber conseguido la creación orgánica de la Nación en Armas; pero en España, sin necesidad de pasar por La Bastilla, pudimos ofrecer un Monteleón donde se fundieron en un mismo impulso oficiales, soldados, nobleza, clero, hombres y mujeres. Aquel día, por caminos bien distintos en su gestación sentimental, habían de encontrarse pueblo y ejército.

Este pueblo vivía tranquilo y ajeno a las consecuencias políticas del enciclopedismo moderno. Las distancias y la falta de comunicaciones no le dejaron comprender la trascendencia marítima y estratégica de Trafalgar, pasados tres años, pero unos meses antes había empezado a sufrir la acción agresora del ejército francés de observación, que con turbios pretextos mantenía prácticamente ocupada la capital, guardando además una auténtica línea de operaciones hasta los Pirineos. Las agresiones no eran casuales ni consecuencia de las particulares diferencias entre unos y otros; tenían un fondo más grave, como dice Pérez de Guzmán. Los desmanes y los atropellos de los extranjeros estaban perfectamente calculados y buscaban promover el alboroto para tener



Don Pedro Velarde. Retrato que se conservaba en Muriedas (Santander).

ocasión de aterrar a España con un castigo sangriento en la capital, sistema que había dado sus frutos a los franceses en Milán, El Cairo y Lisboa. Se buscaba culpar a los pueblos de los desórdenes cometidos por ellos mismos para oprimirlos y obligarles a adoptar sus proyectos.

La maniobra ejecutada por los soldados de Murat y de Crouchy, el triste equivocado de Waterloo que tuvo en Madrid su primer fracaso, había encendido la cólera del pueblo. Hubo algunas escaramuzas en la plaza de la Cebada, pero era necesario un incentivo más fuerte para provocar la reacción general, que pudo acusarse cuando el afecto y la ternura resultaron heridos en el auténtico rapto de los jóvenes infantes de España, don Antonio y don Francisco. Ya no se trata de simples choques personales, de pugnas por mujeres, ni de repugnancia hacia los soldados extranjeros de un país

ocupado. Quienes en la mañana del 2 de mayo presenciaron el intento de separarles de las personas reales intuían que aquello encerraba algo atentatorio para la Soberanía y se opusieron a ello con toda su fe. Murat creyó oportuno el momento tan buscado de la represión ejemplar: tronó el cañón de Santa María, corrió la sangre y su suerte quedó echada. Ni sus cargas de polacos y mamelucos ni los 30.000 hombres que desde toda la periferia avanzaban sobre el viejo casco madrileño fueron capaces de contener el impulso irrefrenable del vecindario.

Pero todo ese impulso precisaba de la serenidad de juicio, de algo inmaterial que convirtiera la simple reacción individual ante el agresor, que aisladamente surgía en todos los barrios, calles y plazas, y que abandonada anárquicamente hubiera resultado sofocada y perdida, en algo creador que sintiera el apoyo del

orden y la conciencia de una responsabilidad. Esta conciencia es la que en aquel momento de la defensiva española significó la actitud de dos capitanes de Artillería en el parque de Monteleón al frente de 71 militares, entre los que se encontraban los alféreces de fragata Juan Van Halen y José Hezeta.

Es curiosa la evolución psicológica hacia el encuentro entre mentalidades de procedencia y reacciones tan diferentes como las que allí se reunieron. Mientras los paisanos acudían en busca de armas con las que defenderse, en la más simple reacción primaria, aquellos oficiales que habían de proporcionárselas profundizaban en su conciencia sobre el alcance del momento en que la disciplina habría de tornarse en «santa rebeldía» y en la trascendencia que su acto de sacrificio pudiera significar para aquellas gentes.

Algunos años antes, aquellos militares, como casi todos los grupos de mayor cultura de su época, habían sentido admiración por las campañas del general Bonaparte, por su prodigiosa habilidad estratégica, agilidad en los movimientos tácticos y acuerdo y previsión en los cálculos logísticos. Por otra parte, la moda imperante de las teorizaciones sobre la libertad e independencia humanas despertó sentimientos de admiración en muchos pueblos; pero desde los sucesos políticos de la primera conspiración frustrada del Príncipe de Asturias, después Fernando VII, que fue manejada por el embajador de Francia Beauharnais y que el capitán Daoíz tuvo ocasión de conocer en la fea realidad de su interioridad, y más tarde Velarde al apreciar la doblez extranjera, cuando por su gran estimación científica fue designado por el Príncipe de la Paz para explorar las intenciones del duque de Berg en la entrevista celebrada en Buitrago, hicieron



Don Luis Daoíz. Retrato en poder de la familia, en Sevilla.



Defensa del Parque de Artillería de Monteleón el 2 de mayo. Cuadro de Sorolla, en el Museo Municipal de Vilanova i la Geltrú.

comprender a los dos oficiales lo falso de la conducta francesa. Los sentimientos de sincera admiración como militares variaron así totalmente, primero hacia el recelo y desconfianza y luego, convencidos de lo cierto de sus impresiones, hacia un concepto del deber que les llevó a la organización de un plan de levantamiento que encontró en Pedro Velarde, por más joven y de temperamento apasionado, el cerebro necesario para su planeamiento, y en Luis Daoíz, por su mayor edad y ponderación, el espíritu que habría de asumir la dirección en tan difíciles momentos.

El plan era ambicioso y aspiraba al alzamiento general en toda España y a organizar las fuerzas militares que lo habrían de sostener. Si su desarrollo no tuvo en la práctica mejor y más fácil fortuna no se debió a errores de organización, sino más bien a la indecisión de la Junta de Gobierno. Confiando en su formación política, se juzgó equivocadamente que aquella tendría el mismo espíritu que los militares, ya que el 1 de mayo tomó la resolución de desechar todo intento hostil y adoptar por principio constante calmar los ánimos.

De las consecuencias que estas decisiones pudieran ocasionar se percató pronto la sensatez de Daoíz, pero ello no le impidió consumir el sacrificio y

apoyar el día 2 el gesto de Velarde, obligando a la rendición de la guarnición francesa del Parque de Monteleón, y posteriormente, cuando todos, militares y paisanos, se hallaban pendientes de su voluntad, que aceptaban ciegamente, tras una breve meditación de las consecuencias de su decisión, jugar la suerte de España al desenvainar el sable y con voz clara ordenar a sus artilleros: «Las armas al pueblo, que son nuestros hermanos». El abrazo a Velarde selló el acto, y a partir de ese instante la lucha intensa y titánica habría de continuar durante cinco años. Aunque los dos capitanes caen horas después, su sacrificio permitirá los posteriores hechos gloriosos de Castaños en Bailén, Palafox en Zaragoza y Álvarez de Castro en Gerona, quedando para siempre vinculada la trascendencia de la dignidad española a las figuras heroicas de los dos capitanes. La fusión con el pueblo se había consumado y la sangre de ambos y la del teniente Ruiz de Mendoza, que se encuentra al frente de los Voluntarios del Estado que junto al pueblo los seguían, parecen significar por su diversa mentalidad, cuerpos de procedencia y hasta localidades de origen, la comunión de todo el país a favor de la misma idea. Artilleros e infantes simbolizan la unión de todo el ejército; la cántabra Muriedas de Velarde y la meridional Sevilla de Daoíz representan la unificación geográfica del sentimiento de independencia. Al mismo tiempo, la serenidad y el tesón que distinguían entre sus muchas virtudes el carácter de aquellos oficiales equivaldrían a las potencias del alma española, que habría de luchar en Madrid contra los 2.000 franceses del general Lagrange. Para que la integración nacional fuera absoluta, también en la gesta de Monteleón figuran heroínas como Clara del Rey y María de Beano, que encontrarían la muerte exhortando el valor de sus hijos, así como la joven de 17 años Manuela Malasaña Oñoro.

No es extraño que el mérito de este ejemplo, recogido por Andrés Torrejón, lo forzara a lanzar su famoso parte y declaración de guerra: «La patria está en peligro; españoles, acudid a salvarla». ¿Cómo circuló desde Móstoles al resto de España, encendiendo la casi simultaneidad del empeño, sin medir alcances ni consecuencias? Se ignora, pero la realidad es que el 13 de mayo el corregidor de Trujillo alertaba a 82 pueblos, Asturias se levantaba el 9, Cartagena el 17, Zaragoza el 24, Sevilla y Santander el 26, Lérida el 29, y a fin de mes toda España, sonando en las alturas del Bruch el primer grito de victoria, simbolizando el valor de esa unidad de sentimiento español, que al margen y por encima del ambiente social, cultura, individualismo y sexo, no precisa ponerse previamente de acuerdo para reaccionar en defensa de la seguridad e independencia de la patria. Grande fue el error de Napoleón frente a Iberia y tremenda la diferencia entre sus frases de 1808 y las que dictó después en Santa Elena: «Yo encontré en España las Columnas de Hércules, pero no los límites de mi poder», comunicó en 1808 en mensaje a su hermano José; pero 300.000 hombres, 18 mariscales y 353 generales del Gran Ejército no pudieron evitar que hubiera de confesar en su agonía que «los españoles en masa se condujeron como un hombre de honor y nada tengo que decir sobre esto, sino que han triunfado».



Don Casto Méndez Núñez.

Si en 1808 el orgullo español hubo de luchar sobre los cálidos suelos peninsulares, en 1866, también un 2 de mayo, sobre las verdes aguas del Pacífico la figura de otro joven militar, a bordo de un buque al que su recuerdo numantino obligaba a mucho, tuvo ocasión de valorar con hechos frases históricas sobre el prestigio y honra de los barcos. Frente a El Callao no se jugaban expansiones territoriales, ambiciones de conquista ni ansias de dominio; la postura del brigadier Méndez Núñez significaba tan sólo la dignidad española, demostrando el mismo heroísmo y arrojo que se repetiría años después por Montojo en Cavite y Cervera en Santiago de Cuba. Justamente por la elegancia del gesto puede figurar el 2 de mayo de 1866 como fecha de

evocación gloriosa tanto de España como del Perú.

A lo largo del siglo XIX, en dos momentos estelares, el 2 de mayo significó la firme expresión de lealtad y amor a España, expresada con dignidad y mantenida hasta el sacrificio, sin que su planteamiento fuera simple obcecación ni ceguera, sino juicio y serenidad, como los de Daoíz y Méndez Núñez, que conscientes de la grave situación en que se encontraba la patria supieron acometer el empeño de defenderla, por difíciles que fueran sus consecuencias.

